

## 1. EL ESTADO DE OAXACA

*Como una hoja de papel arrugada y vuelta a abrir a medias* es la metáfora más común que los oaxaqueños emplean para definir el territorio que habitan, en el que convergen tres grandes sistemas montañosos, la Sierra Madre Oriental -que al llegar a Oaxaca adquiere el nombre de Sierra Madre de Oaxaca<sup>1</sup>-; la Sierra Madre del Sur y la Sierra Atravesada, que lo convierten en uno de los estados de relieve más accidentado de toda la República. Aunque no se sabe con exactitud -ni mucho interesa- de quién fue la idea de dicha comparación<sup>2</sup>, lo cierto es que refleja la peculiar orografía local, que ha acompañado su devenir mismo y, en muchos casos, lo ha influido decididamente. Viajar por Oaxaca es encontrarse con una impresionante diversidad a cada paso dado, en cada región visitada, en cada localidad en donde se haga pausa en el camino. La altura sobre el nivel del mar varía de un punto a otro y va desde los escasos metros a los cerca de tres mil, como es el caso del Zempoaltépetl, la montaña sagrada de los indios mixes, desde cuya cima -se decía- era posible observar los dos océanos cuyas aguas limitan la República Mexicana<sup>3</sup>. Los diferentes nichos ecológicos, resultado de lo accidentado de la geografía local, han permitido que se pueda llegar a hablar de las muchas Oaxacas que viven en el interior de este estado del sur del país. Bosques, selvas, llanuras desérticas, valles fértiles, entre otros, conforman el panorama; cada uno de ellos con un tipo especial de flora y

---

<sup>1</sup> Sierra Mazateca, Cuicateca, Chinanteca, Juárez y Mixe son otras de las denominaciones regionales que reciben algunas partes de este sistema montañoso.

<sup>2</sup> Algunos autores indican que ésta es una anécdota sin confirmar (Rodrigo, 1998:43), mientras que otros se la han atribuido al conquistador Hernán Cortés (Bradomín, 1980:29).

<sup>3</sup> Según Rodrigo (1998:53), esta afirmación es incorrecta debido tanto a la curvatura terrestre, como al hecho de que entre esta montaña y el Pacífico se desarrollan más de 150 kilómetros de un relieve muy accidentado que incluye montañas con alturas parecidas o incluso mayores.

fauna, todos con poblaciones diversas que a lo largo de su historia se han ido adaptando a las características particulares del territorio en donde se encuentran asentadas.

A Oaxaca lo rodean los estados de Puebla, Veracruz, Guerrero y Chiapas; el litoral formado por la planicie costera dibuja una gran línea convexa de 509 kilómetros de extensión que, por lo general, no presenta rompientes ni acantilados, y que son bañados por el océano Pacífico, que se introduce al territorio oaxaqueño formando las lagunas litorales del Istmo de Tehuantepec, en las que los indígenas huaves capturan camarón, y en donde el extremeño Hernán Cortés intentó construir el centro de comercio marítimo del Pacífico<sup>4</sup>; otras lagunas son las de Chacahua y Corralero, fuentes de trabajo para la población negra de la costa oaxaqueña, llamados comúnmente "morenos", cuyos productos extraídos del mar son vendidos en los mercados de las poblaciones de la zona<sup>5</sup>. La extensión del estado es de 95.364 km<sup>2</sup>, que representan el 4,85% del territorio nacional, lo que la convierte en la quinta entidad federativa más grande de la República y, para nosotros, en un estado sumamente complejo de describir en unas cuantas líneas, por su diversidad, en ocasiones tan contradictoria. La selva de los Chimalapas, en el Istmo de Tehuantepec, hábitat de los zoques, de más de 550.000 hectáreas, conforma una de las reservas silvícolas más importantes de México; en contraparte, el panorama de los terrenos desérticos de algunos sitios de la Mixteca nos induce a compararlos con las descripciones de Rulfo, esos paisajes desolados de su *Llano en Llamas*<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> Signorini (1991:22) afirma que el conquistador Hernán Cortés tenía una visión de largo alcance para el territorio del Istmo de Tehuantepec; ahí construyó dos puertos, uno situado en Santiago, en el Mar Superior, y otro en El Carbón, en la desembocadura del río Tehuantepec. Al parecer, después de estos intentos fallidos, abandonó la zona y, con ello, sus proyectos para la misma.

<sup>5</sup> Sobre los negros de la Costa oaxaqueña existe una breve pero completa semblanza etnográfica (Campos, 1999), que permite llegar a tener una idea general de este grupo y de las localidades en las que se encuentra.

<sup>6</sup> La comparación ha sido idea de la antropóloga Guadalupe Cuamatzin, con quien estuve recorriendo una parte de la región Mixteca en 1997, a fin de conocer los pueblos nahuas que en ella habitan.

La riqueza de la vegetación tropical de la Chinantla, residencia de los chinantecos, contrasta con la aridez de una parte del territorio huave, y los ríos caudalosos que abundan en unos sitios se encuentran ausentes en otros.

En un afán por lograr la mejor administración del lugar, a lo largo del tiempo se le ha dividido por regiones, que obedecen más a intereses políticos que a realidades basadas en los contextos ecológicos o poblacionales. Oaxaca ha sido corregimiento, provincia, intendencia, departamento y estado; algunas categorías fueron asignadas por el gobierno virreinal a lo largo de los siglos XVI al XVIII y, otras, en el México independiente. A su interior, las divisiones también han variado lo mismo que los nombres impuestos a ellas; Alcaldías Mayores y Repúblicas de Indios (S. XVI), partidos (S. XVII), subdelegaciones, departamentos y distritos (S. XIX). Todas denotan la forma en que desde diversas ópticas se ha conceptualizado el territorio oaxaqueño. La división por regiones, actualmente vigente en el imaginario local y en los discursos políticos, fue realizada en los años posrevolucionarios<sup>7</sup>, A decir de Rodrigo (1998:13), esta clasificación fue el resultado de la atención a categorías etnográfico-folklóricas, aunque poco operante desde los puntos de vista biótico, económico y geográfico. La entidad quedó dividida en siete regiones, la Cañada, la Costa, el Istmo, la Mixteca, Tuxtepec, la Sierra y los Valles Centrales, que posteriormente fueron oficializadas por Jorge Tamayo, en los años cincuenta, quien en su libro *Geografía de Oaxaca*, las llevó al papel tal como habían sido consideradas histórica o tradicionalmente<sup>8</sup> (Moguel, 1979:23). En las últimas décadas,

---

<sup>7</sup> Bradomín (1980:61) menciona que la creación de las siete regiones fue realizada aproximadamente en 1927, "con un cierto y evidente propósito de publicidad oficial". Moguel Viveros (1979) realiza un análisis comparativo de las formas diversas en que se ha dividido por regiones el estado de Oaxaca; es un texto que proporciona una visión sobre los factores que en diversos momentos han obtenido mayor peso para realizar tales segmentaciones.

<sup>8</sup> Tamayo (1950:9) afirmaba que, según diversos investigadores de la geografía regional, las regiones en que el estado había sido dividido, resistían "a la crítica científica y corresponden a zonas con características físicas, culturales y económicas que las definen con precisión".

a esa división se le ha agregado una región más, la Sierra Sur, aunque en muchos de los casos ésta poco se tiene en cuenta en el imaginario popular, dada la reiteración constante que se hace de las siete acostumbradas<sup>9</sup>.

A la división anterior se añade otra mucho más específica, a través de los distritos, realizada en 1832, pero que fue abolida en 1921. No obstante, la costumbre de que cada microregión tuviera una cabecera administrativa hizo que en 1942 el Congreso local les restituyera su rango original. Actualmente son 30 los que conforman el estado, cada uno de ellos con un número variable de municipios<sup>10</sup>. Las cabeceras distritales han jugado a lo largo de la historia un papel importante como centros regionales de poder político de los pueblos a ellas incorporados. Algunas de éstas son, además, núcleos importantes de población, por lo que han sido consideradas como pequeñas ciudades. Juchitán de Zaragoza y Santo Domingo Tehuantepec, en el Istmo; San Juan Bautista Tuxtepec, en la región del Papaloapan; Huajuapán de León y Tlaxiaco, en la Mixteca, son ejemplo de algunas que han sido centros de diferentes sistemas urbanos. La importancia que tienen también abarca aspectos económicos, ya sea porque son núcleos de comercio en sus respectivas zonas, o porque a través de un sistema de mercados, estructuran y definen las relaciones sociales de los habitantes de los pueblos de su entorno<sup>11</sup>.

En las cabeceras distritales es posible encontrar diversas oficinas del gobierno estatal; en algunas de ellas, como es el caso de San Juan Bautista Tuxtepec, se ha dado un desarrollo industrial importante; en

---

<sup>9</sup> Ver mapa 1, que ilustra en la República Mexicana la ubicación del estado de Oaxaca y su división por regiones.

<sup>10</sup> Estos distritos no son distritos electorales federales, en que se encuentra dividida la República. En Oaxaca, estos últimos son solamente 11 y no 30; por ello su representación en el Congreso de la Unión la conforman once diputados.

<sup>11</sup> Véase mapa 2 ubicando a los distritos en el estado de Oaxaca, y cuadro en el que se pueden observar datos sobre la población total de cada uno de ellos, así como los hablantes de alguna lengua indígena (divididos éstos en bilingües y monolingües).

otras, como Huajuapán de León, se han erigido centros educativos de alto nivel. Todas ellas, por lo general, se presentan como oasis de modernización en medio de los pueblos de su entorno, muchos de éstos carentes de los servicios básicos. Clínicas, hospitales, escuelas de formación media y/o superior, juzgados civiles, centros de diversión y esparcimiento, entre otros, es posible encontrar en varias de ellas, lo que denota que la importancia que tuvieron en el pasado la siguen refrendando en el presente. No obstante, algunas otras poblaciones, que no han sido catalogadas como cabeceras distritales, también han tenido un desarrollo económico importante en las últimas décadas, como Pinotepa Nacional, en la región de la Costa, considerada como un centro comercial de importancia en la zona; o Santa Cruz Huatulco y Puerto Escondido<sup>12</sup>, siempre en la Costa, que se han erigido como los centros turísticos más importantes del estado, después de la capital y de las zonas arqueológicas de Mitla y Monte Albán.

La división política de Oaxaca se vuelve mucho más compleja si nos referimos a la situación de los municipios. Son 570 los que en ella se encuentran, es decir, casi un 25 por ciento del total de los que conforman la República Mexicana, y que tienen bajo su jurisdicción a más de 10.500 localidades<sup>13</sup>, donde el Censo de Población de 2000 registró que vivían en total 3,438.765 habitantes<sup>14</sup>. El panorama que los municipios presentan es extremadamente complejo para poder describirlo aquí, baste decir que de ellos, 424 poseen una alta y muy alta marginación, según los índices del Consejo Nacional de Población, que para medirla utiliza indicadores como el analfabetismo, el rezago educativo a nivel educación básica, las condiciones insalubres de la

---

<sup>12</sup> Estas dos poblaciones han llegado incluso a desplazar en importancia a sus respectivas cabeceras municipales, tanto en aspectos económicos como políticos, por lo que se han dado propuestas para que sean elevadas a municipios independientes o bien, para que la sede municipal se traslade a ellas.

<sup>13</sup> Las más de 10.500 localidades que existen se dividen en términos políticos, en ciudades, villas, pueblos, rancherías, ranchos y congregaciones y, administrativamente, en municipios, agencias municipales y agencias de policía (Gobierno del Estado, 2002).

<sup>14</sup> XII Censo General de Población y Vivienda (INEGI, 2001).

vivienda, el hacinamiento y los bajos ingresos de sus habitantes (COESPO, 1994:43). Muchas de las cabeceras municipales, como las de la Sierra Juárez, donde habitan los indios zapotecos, no poseen carreteras que las comuniquen con los centros urbanos más importantes; en el mejor de los casos cuentan con caminos de terracería que en épocas de lluvia se vuelven difíciles de transitar, además de ser un peligro constante para los habitantes de esas poblaciones. En otros casos, aún existen pueblos cuyos únicos accesos son las veredas que serpentean entre las montañas, que han sido marcadas por el paso constante sobre ellas de personas y animales de carga. Durante muchos años, este parcial aislamiento propició que se crearan rutas de comercio que, utilizando los llamados caminos vecinales, cruzaban la geografía estatal<sup>15</sup>. De Yalalag, por ejemplo, llegaban hasta los rincones de la Chinantla comerciantes zapotecos que vendían diversos objetos, como textiles y huaraches, y que, a su vez, compraban productos de la zona, como café o maíz. Los zapotecos del Istmo hacían lo propio con los huaves, a los que les compraban pescado y camarón y vendían, al mismo tiempo, maíz, ropa y calzado. Muchas de estas rutas fueron abandonadas al paso de los años, principalmente cuando las carreteras comenzaron a llegar a las cabeceras distritales y los productos se comerciaron en otros mercados. Las poblaciones que no vieron o que no han visto llegar estas vías de comunicación, fueron obligadas a incorporarse a los centros regionales de comercio, aunque todavía hoy es posible observar -aunque en menor número e importancia- a comerciantes ambulantes que van de pueblo en pueblo, comprando y vendiendo.

Las riquezas naturales que posee el estado no son, de ninguna manera, un síntoma de la riqueza de las localidades que en él se

---

<sup>15</sup> Hablamos de un *relativo aislamiento*, puesto que en realidad las poblaciones oaxaqueñas nunca han estado aisladas por completo sino que, a través de distintos modos, han estado vinculadas a los mercados regionales y a los centros políticos del estado. Afirmar lo contrario no sólo sería un error sino también una necedad al aferrarse a la idea de núcleos de población autónomos, aislados en su entorno y sin ninguna relación con contextos más amplios que sus campos de acción local.

encuentran. Muchas de ellas no cuentan con energía eléctrica, teléfono, agua entubada o drenaje, por señalar unas cuantas carencias. La pobreza afecta a la mayoría de ellas y se denota en la marginación y el rezago en que viven actualmente<sup>16</sup>. Por poner algunos ejemplos, en el año 2000, 20 de cada 100 oaxaqueños no sabía leer ni escribir<sup>17</sup>; 35% no contaba con atención sanitaria; y 60 de cada 100 carecía de drenaje. Este panorama se completa con el alto índice de migración que se vive en las poblaciones oaxaqueñas<sup>18</sup>. En la mayoría de los casos, como en la Mixteca y en la Sierra, los pobladores se dirigen principalmente a los Estados Unidos de Norteamérica; otros lo hacen a diversos lugares del país, donde sobresalen los estados vecinos<sup>19</sup>, mientras que quienes se quedan en Oaxaca migran a las ciudades en busca de emplearse en ellas en trabajos no calificados<sup>20</sup>. Es por ello que en los últimos años, la distribución de la población campo-ciudad ha sufrido cambios considerables y ha promovido que las ciudades acentúen su figura como polos de atracción para una población con una economía precaria y carente de numerosos servicios<sup>21</sup>. Las cifras para el estado de Oaxaca indican un índice a la baja en relación a la población rural, en contraste

---

<sup>16</sup> Ocejo (1993:10) indica que en Oaxaca, 168 municipios (un 29,5% del total de ellos) tienen un grado de marginación muy alto; 263 (46,1%), un grado alto; 83 (14,6%), marginación media; 52 (9,1%), marginación baja, y solamente 4 de ellos (el 0,7%), muy baja.

<sup>17</sup> El sistema educativo brinda sus servicios a un millón de niños y jóvenes en 10.106 escuelas; el 88,64% de los escolares se encontraba cursando la educación básica; el 7,37% el nivel medio superior, y sólo el 3,98% cursaba estudios superiores (Gobierno del Estado de Oaxaca, 2002).

<sup>18</sup> Sobre la migración nacional e internacional de los oaxaqueños puede verse el trabajo del Colegio de la Frontera Norte (1995), que contiene datos e indicadores sobre la magnitud y las características de este proceso. Sobre los mixtecos, en específico, se encuentra –entre otros muchos– el trabajo de Atilano (2000), que presenta cifras sobre los miembros de este grupo que se encuentran en los Estados Unidos de Norteamérica, así como diversas problemáticas que enfrentan.

<sup>19</sup> El XII Censo de Población (INEGI, 2001) registró la presencia de oriundos del estado en la Ciudad de México, así como en todas las entidades federativas del país, sobresaliendo las de Guerrero, Puebla, Veracruz y Chiapas.

<sup>20</sup> De acuerdo con su calidad migratoria, los municipios oaxaqueños se pueden dividir en 342 de fuerte expulsión; 100 de débil expulsión; 64 de equilibrio migratorio, 33 de débil atracción y 31 de fuerte atracción (Hernández, 1995:21).

<sup>21</sup> Se considera a 1,076.829 personas como Población Económicamente Activa (el 44% de la población de 12 años o más), de los cuales se encuentra empleado el 99%. Para observar los rubros en los que está distribuida la población, con respecto a los trabajos que realiza, remitimos al cuadro 1 del anexo 2,1.

con un aumento significativo de la urbana. Si en 1993, el 60,6% de la población total del estado habitaba en las zonas rurales, para 1998 el porcentaje decreció a un 54,1%; en contrapartida, para los mismos años, la población urbana fue de un 39,4% a un 45,9% del total poblacional<sup>22</sup>.

Históricamente, las cabeceras municipales han sido el pueblo de mayor importancia de los que conforman el municipio. Muchas de ellas fueron fundadas en la época colonial, sobre antiguos asentamientos de población o sobre importantes símbolos de culturas prehispánicas, como aconteció en San Pablo Villa de Mitla, cuyo templo católico, que data de la época colonial, se erigió sobre los edificios del centro ceremonial precolombino. En Oaxaca, esas poblaciones poseen nombres que denotan sus orígenes. En ellas, los santos católicos pareciera que adquieren apellidos indígenas, formando de esta manera un conjunto peculiar, que simboliza -en el nombre- la identidad local de sus habitantes<sup>23</sup>. El santo es el símbolo religioso que los cohesiona en torno a las celebraciones festivas; el *apellido* indígena denota la particularidad de ese santo, su campo de acción y los orígenes del poblado. San Juan Yaé, San Pablo Macuilianguis, San Agustín Yatareni, San Andrés Teotilalpan, Magdalena Teitipac, Santa María Tlahuitoltepec; San Juan Bautista Cuicatlán, San Melchor Betaza, Santo Domingo Tehuantepec, son sólo algunos ejemplos sacados de una multitud de nombres de las poblaciones oaxaqueñas. La tradición hispana y la indígena se unifican en ellos, simbolizando procesos que -sin duda alguna- fueron más complejos<sup>24</sup>. Muchos otros pueblos han cambiado sus nombres originales, dependiendo de las necesidades políticas por ensalzar a

---

<sup>22</sup> Cfr. "Estadísticas" (Gobierno del Estado, 2002). Ver cuadro 2 del anexo 2,1, donde se consigna la población del estado de Oaxaca 1994-1998.

<sup>23</sup> Bonfil (1989:36-37) habla de la importancia de los toponímicos en lengua indígena.

<sup>24</sup> Ramos (1991:144) analiza los nombres de las localidades mixtecas. Dice que los términos indígenas contenidos en ellos refieren a aspectos topográficos, vegetales, de la tierra o a animales. Afirma que el término en lengua indígena refuerza el sentido de localidad marcado por el dios tutelar (ahora santo o virgen) de la comunidad, al resaltar alguna característica natural que funge como señal en el conjunto de poblaciones en la región.



héroes tanto locales como nacionales. Así, San Pablo Guelatao, pueblo de origen del ex presidente de la República, Benito Juárez, se pasó a denominar Guelatao de Juárez; igual proceso aconteció con los casos de Juchitán de Zaragoza, Ejutla de Crespo, Teococuilco de Marcos Pérez, Cuilapan de Guerrero, Calpulalpan de Méndez, Chalcatongo de Hidalgo o Tlacolula de Matamoros, por ejemplo. El nombre denota otra vez una relación, en este caso lo indio y lo nacional. Otros poblados, fundados en el transcurso siglo XIX o el XX, adquirieron nombres de personajes que fueron importantes para la vida nacional, como Matías Romero y Benito Juárez. Algunos más, tomaron otras denominaciones, suplantando definitivamente las antiguas, como Santo Domingo del Valle, que pasó a llamarse Díaz Ordaz<sup>25</sup>. El sólo nombre esboza el recorrido histórico de cada pueblo y lo une a un nivel más amplio, sea éste el gobierno virreinal o la posterior nación mexicana. En esos pueblos de nombres diversos y aparentemente extraños, muchos de ellos difíciles de pronunciar para quien por primera vez los lea, viven los oaxaqueños.

### *1.1. LOS HABITANTES DEL ESTADO*

En las más de 10.500 localidades, administradas por 570 municipios, comprendidos en 30 distritos que conforman en total las ocho regiones del estado, vive una heterogénea población a la que se le ha denominado con el nombre de "oaxaqueña". Su situación es tan compleja -o más- como el mismo territorio en que se ubican (Romero, 1996:31), ya que en ella se encuentran tanto grupos autóctonos mesoamericanos, como mestizos, negros, algunos criollos y extranjeros que a lo largo de la historia han interactuado y han construido la actual configuración étnica del estado. Como cualquier otra identidad abarcativa, el término "oaxaqueño" no supone una población homogénea, sino que refiere a un nivel de identificación que viene dado por el lugar de nacimiento, a pesar

---

<sup>25</sup> Sólo para ejemplificar mencionaremos que Miguel Hidalgo, Vicente Guerrero y Mariano Matamoros fueron héroes de la Independencia Nacional; Benito Juárez fue presidente de la República en la segunda mitad del siglo XIX; Matías Romero ejerció como diplomático mexicano en el siglo XIX, mientras que el oaxaqueño Miguel Méndez fue compañero de Juárez.

de las diferencias evidentes y nítidas posibles de observar actualmente entre los habitantes. Lo general diluye las especificidades haciendo aún más complejo el estudio de quienes son nombrados genéricamente de tal forma. Un oaxaqueño es tanto un indio monolingüe trique como un rico comerciante mestizo; puede vivir lo mismo en una apartada población de la Sierra como en una zona residencial exclusiva de la ciudad de Oaxaca. Las identidades sociales se expresan básicamente en situaciones de contraste, por lo que el uso de este etnónimo depende de los contextos en el que los mismos habitantes interaccionan (Barth, 1976:18). No es, en resumidas cuentas, la identidad primordial de los mismos, sino sólo un nivel más de ésta, una forma identitaria empleada en contextos más amplios, puesto que al interior del estado, en las situaciones cotidianas, las identidades sociales son tan diversas como los mismos actores que en él residen.

La tradicional dicotomía entre sociedad indígena y sociedad mestiza no es de gran ayuda para ubicar claramente a los actores sociales, puesto que los elementos empleados para ello se basan, principalmente, en cuestiones raciales, sean éstas el color de la piel, el tipo del cabello, fenotipos diversos; o en categorías culturales que adscriben a una población dependiendo de su desarrollo económico, como el uso de los huaraches en confrontación con el empleo de zapatos; la utilización del huipil versus el vestido occidental. Pero son inoperantes, puesto que se puede ser indio y portar el vestido occidental; incluso ser indio sin siquiera hablar una lengua indígena. Lo mismo sucede con la principal actividad económica de las localidades rurales, la agricultura, ya que se puede ser campesino sin necesidad de ser indígena. Las fronteras de estas categorías clasificatorias se diluyen en el panorama del estado; no se sabe muy bien dónde comienzan y dónde terminan ni a quienes se refieren; son contextuales, pues se aplican a casos específicos que en la interacción social se van dando, reforzando ideas previamente construidas. Sirven en determinados momentos para

conocer quiénes son aquellos con los que se interactúa y la forma en que tal interacción deberá llevarse a cabo.

En México, el indicador comúnmente aceptado para identificar a los miembros de los grupos indígenas que habitan en el territorio nacional ha sido la lengua (COESPO, 1994:1)<sup>26</sup>. Esto permite acercarnos, en un primer momento, al panorama etnolingüístico global del estado<sup>27</sup>, donde el Censo de 2000 registró que vivían 1,120.312 personas hablantes de alguna lengua indígena, es decir, el 32,5% del total poblacional<sup>28</sup>. Sin embargo, más allá de las cifras, este dato no reporta mayores novedades; es decir, el hecho de que en Oaxaca se encuentre ubicado un porcentaje importante de hablantes de lenguas indígenas, que la convierte en la entidad federativa con mayor número de población indígena (de cada 100 mexicanos que hablan lengua indígena, 19 se encuentran en Oaxaca), no es producto de la llegada intempestiva de una multitud de migrantes en las últimas décadas, sino de un proceso histórico que funda sus raíces varios miles de años atrás. No tenemos datos precisos que nos indiquen cuántos fueron los primeros habitantes, aunque se dice que formaban parte de grupos de cazadores recolectores que llegaron al Valle de Oaxaca y que comenzaron a experimentar la siembra de semillas (Romero, 1996:25); tampoco sabemos a ciencia cierta

---

<sup>26</sup> A este modelo también pueden ser extrapoladas las observaciones mencionadas líneas arriba. Sobre ello, Barabas y Bartolomé (1999, I:11-12) han insistido en los problemas que presenta el manejo de información estadística disponible sobre los grupos étnicos de Oaxaca, debido a varios factores entre los que se encuentra la "dudosa confiabilidad de los datos censales" al mostrar inexplicables cambios en el número de hablantes a través del tiempo; lo inadecuado de los cuestionarios censales con respecto a la realidad social, y de que la unidad de información censal disponible es el municipio. En este espacio utilizaremos los datos censales, teniendo en cuenta las observaciones señaladas.

<sup>27</sup> El trabajo realizado por el Consejo Estatal de Población de Oaxaca (COESPO, 1994) hace una recopilación, ordenación y procesamiento de la información censal, producida en el siglo XX, a fin de ofrecer un primer acercamiento a la dinámica poblacional de los hablantes de lenguas indígenas en el estado.

<sup>28</sup> Según la misma fuente, en México viven 97,483.412 personas. Los hablantes de una lengua indígena son 6,044.454 que corresponden al 6,20% del total poblacional. Estos datos refieren un descenso proporcional de esta población con respecto a la registrada en el XI Censo de 1990, ya que si bien sumaban 5,282.347, su porcentaje ascendía al 7,5%. De esta forma, se ha reducido –en términos relativos– en 1,3% la población indígena en sólo 10 años. Véase en el cuadro 3 del anexo 2,1 la distribución de la población hablante de alguna lengua indígena, por grupos de edad.

cuántos grupos formaban, aunque se afirma que hace más de cinco mil años, las lenguas otomangues comenzaron procesos de diversificación, dando como resultado, a lo largo del tiempo, unidades culturalmente diferenciadas, que tuvieron un desarrollo civilizatorio importante, como lo demuestran los vestigios que de ellas aún se conservan (Winter, 1990). Por tanto, los hoy considerados indígenas no son una población reciente en el estado, sino que han residido en ella, dominando su entorno, interactuando con otros grupos y construyendo sus propias culturas desde hace ya miles de años.

Históricamente, por tanto, en Oaxaca se ha considerado que habitan personas pertenecientes a 15 grupos etnolingüísticos<sup>29</sup>: Los amuzgos, que residen en el distrito de Putla de Guerrero y que se extienden hasta el vecino estado de Guerrero; los cuicatecos, asentados en el distrito de Cuicatlán, presentes en 9 de sus municipios; los chatinos, en la Costa oaxaqueña; los chinantecos, principalmente ubicados en la región de Tuxtepec, aunque con presencia en la Cañada y en la Sierra; los chochos, en región de la Mixteca; los chontales, en el Istmo de Tehuantepec; los huaves, pescadores de las lagunas litorales del Istmo; los ixcatecos, de Santa María Ixcatlán, asentados en el distrito de Teotitlán del Camino; los mazatecos, en la región de la Cañada; los mixes, el pueblo llamado de "los jamás conquistados", son habitantes de la Sierra y de algunas zonas del distrito de Yautepec y del Istmo de Tehuantepec; los mixtecos se ubican en la región del mismo nombre, así

---

<sup>29</sup> Bartolomé (1993:63) afirma que los grupos indígenas de Oaxaca en realidad son 14 (descontando a los ixcatecos y a los popolocas) y que pronto estarán reducidos a 11. Otros autores han indicado que son 21 (Acevedo *et al*, 1993:7). Por otro lado, el XII Censo de Población de 2000, registró en Oaxaca a hablantes de más de 32 lenguas indígenas, algunas de ellas con tan sólo dos miembros, como son los casos del cakchiquel y el cora, mientras que otras, como el maya, el otomí, el totonaca y el tzotzil superan el centenar de hablantes. Posiblemente los miembros de estos grupos etnolingüísticos han llegado al estado como migrantes, y no se comportan como grupos étnicos, en el sentido barthiano. Caso especial lo ocupan los hablantes de tzotzil, que se ubican en la Selva de los Chimalapas, en los límites con el estado de Chiapas, como documenta Lisbona (1999). Aquí decidimos utilizar el criterio de Bartolomé y Barabas (1999), que indican que los grupos etnolingüísticos de Oaxaca son 15, a los que se puede sumar el grupo tzotzil, de reciente llegada al estado.

como en los estados de Puebla y Guerrero; los nahuas o mexicanos residen en la Mixteca y en la Cañada, extendiéndose hasta el estado de Puebla; los triquis, en los distritos de Putla de Guerrero, Juxtlahuaca y Tlaxiaco; los zapotecos se encuentran en la Sierra, los Valles y el Istmo, y los zoques, en la Selva de los Chimalapas<sup>30</sup>.

Los etnónimos con que son conocidos no siempre son los utilizados por los mismos miembros para definirse. Son, por lo general, nombres impuestos, a través de los cuales los mismos indígenas no se sienten referidos. Los huaves, por ejemplo, prefieren llamarse “mareños”, pues huave -dicen- es una palabra zapoteca que significa “pies podridos” (Signorini, 1991:17), nombre que les impusieron los zapotecos y que refiere al trabajo de los huaves, que capturan camarón y pescan especies marinas en las orillas de las lagunas litorales del Istmo de Tehuantepec, introduciéndose en las aguas hasta la altura de la cintura. También se llaman a sí mismos *mero ikoots* o “el verdadero nosotros”. Así, cada grupo tiene sus propios etnónimos que identifican a sus miembros, sobre todo por la lengua que hablan. Los mazatecos se dicen a sí mismos *chjota éнна* o “gente de nuestra lengua”; Los mixes son los *ayuuk ja'ay*, “gente de la palabra sagrada”; los triquis son *yi nĩ nanj nĩ ĩnj*, es decir, “gente de la palabra completa”; los mixtecos son *ñu savi*, “el pueblo de la lluvia”, y los *lajil pima*, “los que somos hermanos”, son los chontales<sup>31</sup>. Estos etnónimos, sin embargo, sólo son conocidos por los hablantes de esas lenguas indígenas, puesto que en la interacción cotidiana siempre son denominados de la manera tradicional, es decir, como huaves, cuicatecos, chochos o mixtecos, a pesar de que los indígenas reivindican, actualmente, el uso de nombres ajenos a las imposiciones de otros

---

<sup>30</sup> Véase mapa 3 para observar la distribución de los grupos etnolingüísticos en el estado. En él se encuentra, asimismo, un cuadro que contiene datos sobre los hablantes de las principales lenguas indígenas de Oaxaca.

<sup>31</sup> La obra coordinada por Barabas y Bartolomé (1999) ofrece un conjunto de monografías recientemente realizadas sobre los grupos etnolingüísticos del estado. Los etnónimos en diversas lenguas indígenas aquí escritos fueron tomados de ese trabajo.

grupos, desde los mexicas en la época prehispánica hasta los utilizados por los antropólogos y lingüistas (Romero, 1996:31)<sup>32</sup>.

Cada grupo habita en entornos naturales disímiles; pero la orografía misma de Oaxaca ha hecho que el territorio que cada uno de ellos ha ocupado tampoco pueda ser concebido como homogéneo, puesto que varía dependiendo de los accidentes geográficos que en él se presenten; los mixtecos, por poner un ejemplo, han sido divididos en la Mixteca Alta y Baja; mientras que los cuicatecos habitan en zonas frías y zonas templadas. Al encontrarse en nichos ecológicos muy variados, cada grupo ha experimentado a su interior diversidades culturales y lingüísticas. Los cuicatecos, por ejemplo, en las zonas templadas siembran café y se dedican a la ganadería, mientras que los habitantes de las zonas frías son campesinos que cultivan maíz a las laderas de los cerros y que mantienen recursos forestales de importancia. Los habitantes de estas subregiones tienen pocas oportunidades para relacionarse entre sí; éstas -básicamente- se limitan a los momentos en que acuden al mercado mestizo de Cuicatlán, su cabecera distrital, y a algunas de las peregrinaciones religiosas realizadas en ocasión de la fiesta de algún santo importante, como el Señor del Rayo de San Andrés Teotilalpan. La escasa interrelación de los miembros de ambas zonas ha propiciado, también, que la lengua adquiriera en ellas tintes más locales, haciendo difícil la comprensión cuando se pretende utilizar para que los miembros de ambas subregiones se comuniquen entre sí. También los huaves afrontan esta última problemática, producto de la poca relación que guardan sus municipios. Las lenguas indígenas poseen numerosas variantes dialectales que llegan, en ocasiones, a hacer difícil la

---

<sup>32</sup> En Oaxaca, en la última década, principalmente, se ha venido desarrollando un proceso en el cual los grupos indígenas públicamente reclaman, a través de foros, reuniones y asambleas, su reconocimiento como unidades culturalmente diferenciadas de la sociedad nacional; exigen que se respete su derecho a la libre autodeterminación, así como dejar de ser llamados "grupos étnicos" o "grupos indígenas" por los investigadores y ser denominados "pueblos indios", con los contenidos políticos que esta última referencia posee.

inteligibilidad entre ellas, por lo que -en algunos casos-, cuando indígenas de un mismo grupo, pero de lugares distintos se encuentran, emplean el español como lengua franca.

### *1.2. LA PLURALIDAD DESIGUAL*

Las problemáticas por las que atraviesan los indígenas son variadas. Existen grupos en los que los hablantes de lenguas autóctonas son numerosos y otros que registran una paulatina pérdida<sup>33</sup>. Lo mismo sucede con el vestido tradicional; existen grupos que lo mantienen y utilizan como una referencia de su adscripción a un colectivo diferenciado, y otros que lo han perdido por completo, como es el caso de los cuicatecos. En otras situaciones, existen algunos grupos que están reproduciendo elementos culturales de otros, como el caso de los huaves, zoques, chontales y de algunos poblados mixes que al retomar elementos zapotecos se envuelven en un proceso que algunos estudiosos han denominado “zapotequización” (Bartolomé y Barabas, 1996), sin que esto indique una pérdida de la identidad local<sup>34</sup>. Al mencionar casos como los anteriores, nuestro propósito es señalar que a pesar de que tradicionalmente se ha hablado de grupos indígenas, con un étnónimo específico para diferenciarlos entre sí, a su interior cada uno muestra nítidas diferencias que hace imposible que a partir de un poblado se pueda extrapolar esa situación al resto de los que lo conforman.

La situación económica y los servicios que existen en las poblaciones indígenas no son en muchos casos halagadores. Anteriormente indicamos que un alto porcentaje de municipios estaba considerado dentro de los niveles de alta y muy alta marginación. Muchos de éstos poseen población indígena considerable por lo que, aquí, la diversidad étnica se asocia a extrema pobreza, desigualdad social

---

<sup>33</sup> Bartolomé y Barabas (1996) documentan los casos de pérdida lingüística de los zoques, los chontales, los ixcatecos y los chochos; en estos grupos, los autores indican que se registran procesos de desplazamiento y sustitución conducentes a la extinción lingüística.

<sup>34</sup> Hernández y Lizama (1996) documentan este proceso para el caso de los huaves.

y carencias materiales. “Los indios son pobres”, se dice en el imaginario mestizo, y las cifras estadísticas parecen confirmar tal acepción<sup>35</sup>, puesto que muchos de los pueblos que habitan carecen de los servicios básicos, sumiéndose así en un alto índice de desnutrición y mortalidad infantiles, de analfabetismo, de pobreza endémica que es el resultado de estructuras políticas y económicas aplicadas a la población indígena que ha permitido, desde la época colonial hasta nuestros días, el enriquecimiento de unos pocos -españoles y criollos en una época, y mestizos y extranjeros, posteriormente- a costa de pauperización de los otros. Si el estado de Oaxaca posee una riqueza de recursos naturales, los poblados denotan una pobreza, en muchos casos extrema, que ha hecho a las cúpulas mestizas del poder identificar las causas de ésta no en las estructuras coloniales existentes sino en la misma presencia indígena. Por eso, la frase “*Oaxaca, tierra de indios*” con la que se identificaba (y se sigue haciendo) al estado, llevaba consigo un sentido peyorativo y altamente insultante, puesto que el indio era considerado como un obstáculo que impedía el progreso estatal y el desarrollo económico, ya que estaba sumido en prácticas ancestrales que lo ataban o aferraban a una cultura que se convertía en lastre para la nación.

Las concepciones sobre “los indios”, así genéricamente visualizados, no fueron fruto de un momento específico, sino que fueron construidas a lo largo de la historia, a través de la sedimentación de una cantidad infinita de interacciones, así como por estructuras políticas y económicas coloniales que ubicaron en una situación subalterna a los indígenas y que propiciaron el mantenimiento y reproducción de los grupos dominantes. Los indios fueron considerados viviendo en un mundo ajeno al de estos grupos, regidos por sus costumbres e identificados, luego, como “gente de costumbre” y no de razón. Es por esto que la teoría de la servidumbre natural de Aristóteles, que acompañó

---

<sup>35</sup> Véase el trabajo de COESPO (1994:43-44) para abundar en este punto sobre la población indígena y su relación con la marginación social.



las acciones llamadas de evangelización y civilización en la época colonial, se siga manifestando todavía hoy en este estado<sup>36</sup>. El siglo XIX rescató las manifestaciones de las civilizaciones precolombinas, como parte del pasado mexicano, pero negó al mismo tiempo a los indios contemporáneos ser sus descendientes, una visión que aún existe en México y que ha sido ampliamente generalizada. Es difícil saber cuándo se dio en el imaginario local la quiebra entre la grandeza indígena del pasado y la inferioridad india del presente; cuándo en ese mismo imaginario se hizo la desvinculación entre los sabios y civilizados prehispánicos y los ignorantes y pobres contemporáneos; cuándo, en fin, para la sociedad nacional, los actuales indios se convirtieron en estúpidos.

Dilucidarlo, al parecer, poco importa actualmente en México y en Oaxaca en particular, ya que el sistema clasificatorio nacional, heredado y solidificado a través de los siglos, permite a unos mantener su hegemonía a costa de la inferiorización de los otros, concebidos como diferentes. El racismo, el estigma, la minusvaloración del indio y su cultura permean y estructuran la ideología con que se conducen las relaciones sociales en el estado de Oaxaca. Son el aquí y ahora de cada actor social, las coordenadas que los sitúan en un mundo vivido como ordenado, donde se ha ubicado el lugar que a cada uno corresponde, otorgándole un papel que debe de cumplir, bajo estrictas reglas impuestas. En el ámbito regional, el pluralismo cultural ha funcionado como una institucionalización de la desigualdad, donde la unidad de los sectores diferenciados se mantiene en razón de una mezcla de coacción política e interdependencia económica asimétrica. Como bien dijera Barabas y Bartolomé (1990:18), en Oaxaca, la pluralidad es sinónimo de desigualdad.

---

<sup>36</sup> Sobre las discusiones que se dieron en el seno de la Corona española sobre el empleo de esta doctrina aristotélica, véase el trabajo de Hanke (1974), donde se expone la forma en que ésta se aplicó a los indios americanos.

Las estructuras políticas de dominación, impuestas a través de sistemas de coacción política y de la violencia física y simbólica ha promovido que las relaciones entre indígenas y mestizos hayan estado marcadas por una asimetría que se traduce en sujeción-dominación. Es una forma que tampoco es reciente, sino que data ya de varios siglos y que ha permitido que esa manera específica de relacionarse entre unos y otros se visualice como “natural”, es decir, como lo que siempre ha sido y lo que siempre será. Unos y otros han asumido sus papeles, reforzando imaginarios y reproduciendo la asimétrica configuración de la pluralidad estatal. Tanto y tan repetido ha sido el insistir en la inferioridad de las culturas indias, que muchos indígenas lo han interiorizado; de esta manera es como podemos observar en las localidades que aunque los padres hablen una lengua indígena, sus hijos la desconozcan, porque sencillamente los primeros se niegan a heredarles a los segundos un “dialecto” que sólo les traerá la marginación social en ámbitos regionales<sup>37</sup>. En muchos otros poblados, como algunos huaves, la educación bilingüe no es bien vista pues, como uno de esos indígenas nos comentó: “se trata de progresar” y no de seguir estancados.

Ejemplo de esta búsqueda por evitar la marginación son los procesos de transfiguración y cambio cultural que se llevan a cabo en muchas poblaciones indígenas del estado, y cuyo panorama global puede verse reflejado en las cifras que van registrando, década a década, los censos de población. Si a principios del siglo XX, el 52% de la población oaxaqueña hablaba una lengua indígena<sup>38</sup>, para inicios del XXI, este porcentaje solamente llegó a un 32,5%; es decir, en 100 años decreció

---

<sup>37</sup> “Dialecto” es una forma peyorativa para referirse a las lenguas indígenas. Su uso ha sido ampliamente extendido, puesto que lo emplean tanto los mestizos como los mismos indígenas.

<sup>38</sup> Para 1900, el Censo realizado por la Secretaría de Fomento registró a 948.633 habitantes en el estado, de los cuales 496.244 hablaba una lengua indígena (COESP, 1994:59). Si bien en términos absolutos, de 1900 a 2000, ha habido un aumento en el número de indígenas oaxaqueños, su porcentaje con respecto al total de la población del estado ha disminuido considerablemente. Entre estos 100 años se sucedieron diversos procesos que afectaron a las poblaciones indígenas, como la Revolución Mexicana, las políticas indigenistas y las acciones del Instituto Nacional Indigenista.

19,5% con respecto al total poblacional<sup>39</sup>. Las causas de este proceso se han enfocado, sobre todo, a las políticas posrevolucionarias que intentaron hacer del español la única lengua posible de ser hablada en México, a costa no sólo del abandono sino también de la estigmatización de las lenguas nativas y de la represión para aquel que las hablara (Bartolomé, 1993); pero las causas son múltiples y van más allá de estas políticas, sobre todo porque el estado nación mexicano ha producido, a lo largo del tiempo, un discurso que hace de las manifestaciones culturales indígenas un sinónimo de atraso y decadencia; además, con el discurso inscrito en la Constitución, que todos son mexicanos a los ojos de la ley, se borran de tajo las diferencias existentes en este país multicultural y pluriétnico, se niega lo evidente y se busca construir un México homogéneo, en el que sólo existe la raíz indígena, pero no los actuales descendientes de las culturas autóctonas<sup>40</sup>. Aunque pareciera que esta visión es producto de un proyecto de nación de las primeras décadas del siglo XX, y que actualmente se ha dado un cambio profundo en las estructuras del país después de la irrupción en el escenario nacional de los indígenas, a través de la celebración de los cinco siglos del descubrimiento de América, de la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), y de la ley indígena aprobada por el Congreso de la Unión en los últimos años, entre otros sucesos, aún pervive y persiste la ideología que niega las diferencias, envuelta en disfraces de humanismo y progreso. Los anuncios televisivos, por ejemplo, de la campaña del Gobierno Federal en 2002, "Mexicano yo soy", evidencian lo anterior y nos remiten al espectro de viejas políticas y prácticas que por sí mismas han demostrado ser inútiles e inoperantes, además de etnocidas<sup>41</sup>.

---

<sup>39</sup> Para una idea general de la dinámica que ha seguido la población de hablantes de alguna lengua indígena en el estado, durante el periodo 1930-2000, remitimos al cuadro 4 del anexo 2,1.

<sup>40</sup> Bonfil (1989) trata de manera amplia la construcción de un México imaginario, basado en el modelo mestizo y en la negación del México profundo o indígena.

<sup>41</sup> Giménez (2000b:56) ha indicado que el Estado lleva a cabo "políticas de identificación", puesto que se reserva la administración de la identidad, para lo cual establece reglamentos y controles. "Incluso se puede decir que tiene una verdadera obsesión por el

Éste ha sido tan sólo un esbozo de la situación que se está produciendo en el estado de Oaxaca; al exponerla tan sólo pretendemos introducirnos al panorama multicultural que caracteriza a este territorio, puesto que éste es el sustento de una fiesta que ha sido llamada "la máxima expresión folklórica de Oaxaca", "la fiesta más auténtica", "la fiesta de la hermandad", la Guelaguetza, de la que nos ocuparemos en capítulos posteriores.

## **2. LA CIUDAD DE OAXACA**

Al pie del cerro conocido como del Fortín, llamado en otras épocas Daninayaloani o cerro de Bella Vista, en el centro del estado de Oaxaca, se inicia un angosto y fértil valle que ha sido testigo, a lo largo de la historia, del asentamiento de diversas culturas. Los zapotecos erigieron cerca de este lugar Monte Albán, un centro político y administrativo de gran importancia, que para el 200 a. C. era una ciudad de miles de habitantes, con un mercado y áreas rituales-ceremoniales (Winter, 1990:124). Posteriormente, arribaron a la región los mixtecos y, finalmente, los aztecas, quienes establecieron, en el siglo XV, una guarnición militar a la que denominaron Huaxyácac ("en la nariz de los guajes", en lengua nahua) por la abundancia de estas plantas en el entorno<sup>42</sup>. Años más tarde, cuando el valle se encontraba bajo el dominio azteca, llegaron los españoles que después de la conquista de la región, fundaron sobre la guarnición militar, un asentamiento al que denominaron Antequera, en alusión a la ciudad andaluza de ese nombre, y que fue elevado a la categoría de ciudad por el rey Carlos V, quien le concedió ese título en 1532. La extensión con

---

control de la identidad de sus ciudadanos. Lo malo está en que tiende a la mono-identificación, sea porque reconoce una sola identidad legítima para sus ciudadanos de derecho pleno, sea porque aplica etiquetas reductivas a las minorías y a los extranjeros que habitan en su territorio".

<sup>42</sup> Los guajes son una leguminosa arbórea, de semillas contenidas en vainas, que pertenece al género *Leucaena*; aún hoy es posible observarla ampliamente diseminada por la región (Rodrigo, 1998).

que fue dotada quedaba rodeada por el Marquesado del Valle, concedido a Hernán Cortés por la Corona española (Mühlenpfordt, 1993:27, 35).

La fundación de la ciudad obedeció tanto a la necesidad de continuar la conquista, como de instaurar un centro que fuera vehículo de la expansión de la estructura e instituciones del nuevo régimen; de ahí que en el transcurso de los años se convirtiera en un centro político, económico y religioso considerable, ya que era el único asentamiento de importancia entre Puebla de los Ángeles y el territorio de Guatemala. De esta forma, durante la época colonial, Antequera funcionó como núcleo administrativo y foco de un sistema regional de mercado, que alcanzó su auge económico a partir de 1750 hasta la Independencia de México, a través - principalmente- del comercio de la grana cochinilla, un tinte natural muy apreciado en el viejo mundo. Esta época, considerada como la edad de oro de la ciudad, propició también su expansión geográfica y demográfica, ya que de un asentamiento pequeño orientado a la agricultura pasó a ser una ciudad comercial de exportación de tamaño considerable (Chance, 1993:21,181)<sup>43</sup>.

Durante el siglo XIX, las luchas armadas en busca de la independencia de México del dominio español llegaron hasta Oaxaca, donde los realistas cayeron ante los insurgentes comandados por José María Morelos, quien se instaló en la ciudad y la convirtió, aunque por un breve período únicamente, en capital de la insurgencia (Ibarra, 1996)<sup>44</sup>. En ese entonces, la vieja Antequera tenía una extensión de 129 hectáreas, donde se concentraban 180 manzanas en las que habitaban cerca de 17.000 personas (Altamirano, 1992:14). Al triunfo de la Independencia, por

---

<sup>43</sup> Para observar el crecimiento de la ciudad, a través de los siglos XVI al XX, remitimos a los mapas 4 y 5 que se encuentran al final de este capítulo.

<sup>44</sup> Los trabajos de Ibarra (1996 y 1998) dan cuenta de la situación en que se encontraba el estado y la ciudad en los años de la lucha por la independencia. El énfasis que pone en ellos es el análisis del papel que jugó en esta contienda la Iglesia católica local, a través de su cabildo, algunos de cuyos miembros formaron parte, posteriormente, de la clase política mexicana.

decreto del Congreso, en 1824, se creó el estado libre y soberano de Oaxaca. Los años siguientes fueron los del inicio de la consolidación de la Independencia de México, de los gobiernos conservadores y liberales, de las pugnas internas, de los problemas Iglesia-Estado, tal como en el centro del país se llevaban a cabo<sup>45</sup>. Sin duda, uno de los sucesos más recordados para este siglo, fue la llegada a la presidencia de la nación de un indígena oaxaqueño, oriundo de un pueblo de la Sierra, que la mitología local lo imagina llevando a pastar a las ovejas de su familia. Benito Juárez fue pastor, sirviente, empleado del ayuntamiento local, gobernador del estado, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, Presidente de México y, luego, Benemérito de América. A su muerte lo sucedió otro indígena oaxaqueño, Porfirio Díaz, que gobernó el país por más de 30 años y que abandonó el poder después de iniciada la Revolución Mexicana, en 1910.

A pesar de que en el período de 1900 a 1930, la población de la ciudad se mantuvo estable y relativamente baja, debido principalmente a la Revolución, al reparto agrario y a los sismos de la década de los años treinta, que hicieron huir de la ciudad a una parte de sus habitantes (Nolasco, 1981:191)<sup>46</sup>, a partir de los años cuarenta se produjo una explosión demográfica considerable; de una urbe pequeña pasó a ser una ciudad mediana, y de una población relativamente poco numerosa tuvo un incremento demográfico considerable (Velasco, 1995:15)<sup>47</sup>. Al igual de lo que sucedía en el resto del país, el rápido crecimiento demográfico se debió a la migración campo-ciudad, propiciado por una fuerte repulsión

---

<sup>45</sup> No estamos sugiriendo que en Oaxaca tales procesos fueron llevados a cabo por ósmosis, es decir, de igual forma que los desarrollados en la capital del país, sino que únicamente la vida política y social de la ciudad fue influida por ellos.

<sup>46</sup> Los Censos Generales de Población consignan para 1930 una población, para el municipio de Oaxaca de Juárez, de 33.423 habitantes. Para 1940 la cifra bajó a 29.306, para seguir un índice ascendente de 1950 a 1980; entre esas décadas se pasó de 46.632 habitantes a 133.933. Para 2000, la población era de 256.130 personas.

<sup>47</sup> Velasco (1995) menciona que en los años 30 la ciudad únicamente contaba con unos cuantos barrios y que seis décadas después poseía 208 colonias distribuidas en 13 agencias conurbadas. Por su parte, Reyes (1999:13) indica que como una manifestación del rápido crecimiento demográfico, en los años sesenta surgieron las primeras colonias populares, habitadas en su mayoría por familias pobres.

rural a causa del empobrecimiento de la tierra, debido al minifundio exagerado (Nolasco, 1981:191). Sin embargo, su integración al modelo de desarrollo industrial iniciado en los años cuarenta en el país, se efectuó dentro de un esquema de desigualdad, ya que las grandes inversiones se dirigieron al incremento de las actividades agrocomerciales del noreste mexicano, mientras que las practicadas en amplias regiones del sur resintieron permanentemente la falta de apoyos (Valencia, 2000:105). De ahí que la ciudad se mantuviera como centro político y comercial –pero no industrial- y, posteriormente, como centro turístico, que adquirió en 1976 la categoría de “Ciudad de Monumentos Históricos” y, en 1987, el reconocimiento, por parte de la UNESCO, como Patrimonio Histórico y Cultural de la Humanidad (Velasco, 1999). A partir de 1970 las actividades económicas de la ciudad se diversificaron; y a pesar de que el comercio siguió siendo el factor principal, el turismo, los servicios y la administración pública adquirieron marcada importancia, ya que la industria se concretaba, básicamente, al ramo de la construcción, del embotellamiento de bebidas y de la manufactura de artesanías para el consumo del turismo (Nolasco, 1981:192)<sup>48</sup>. En las últimas décadas, la ciudad ha continuado con el aumento de población, teniendo en la venta de servicios una de sus principales actividades económicas. Asimismo, el turismo se ha convertido en la base principal de la economía oaxaqueña, ante la carencia de industrias y la debacle de la agricultura<sup>49</sup>. Todo gira en torno a esta actividad, y para ello se crean infraestructuras y se reforman otras<sup>50</sup>. Actualmente, Oaxaca mantiene las funciones administrativas para las que fue fundada en la Colonia; es todavía -quizá hoy con mayor fuerza- el centro de las instituciones políticas, religiosas,

---

<sup>48</sup> Sobre el turismo que llega a la ciudad existen dos breves trabajos del mismo autor (Esparza, 1978 y 1979).

<sup>49</sup> Véase el cuadro 6 del anexo 2,1, en el que se consigna la afluencia turística en la ciudad de Oaxaca, entre los años 1994 a 1998.

<sup>50</sup> Como ejemplo de ello, podemos mencionar los proyectos realizados en la zona arqueológica de Monte Albán y en el Convento de Santo Domingo de Guzmán, ambos en la década de los años noventa. En el plano urbano sobresale la reconstrucción del mercado Benito Juárez, en el centro de la ciudad, lo mismo que la repavimentación de las calles, la construcción del corredor turístico Macedonio Alcalá, en los años ochenta, y la rehabilitación de numerosas viviendas de los siglos XVIII y XIX.

comerciales y educativas de la región<sup>51</sup>; un papel que ha sabido desarrollar a lo largo del tiempo, a pesar de los conflictos y problemas mantenidos en las distintas épocas de su historia<sup>52</sup>.

A simple vista, éste pareciera ser un resumen histórico como el de cualquier otra ciudad mexicana; sin embargo, lo que ha caracterizado a Oaxaca desde la época colonial ha sido su multiculturalidad, es decir, la presencia constante del indígena en ella; una presencia estigmatizada, rechazada y dominada por las élites criollas, durante la época colonial, y por la sociedad mestiza, posteriormente. Esa presencia “indeseable” ha conformado un tejido complejo de relaciones –sociales, económicas, políticas, entre otras- y ha configurado la historia del lugar.

#### *2.1. LA PRESENCIA INDÍGENA EN LA CIUDAD*

"La nariz de los guajes", el nombre dado por los aztecas al asentamiento que fundaron en el siglo XVI, era en esa época un espacio en donde se interrelacionaban individuos pertenecientes a diversas culturas; los aztecas, los zapotecos, los mixtecos y, probablemente, otros más que llegaban al lugar para comerciar sus diversos productos, procedentes de zonas tanto del altiplano central como de la ahora Centroamérica. Huaxyácac estaba en el centro del corredor comercial que unía estas dos áreas; era un sitio estratégico desde el cual se dominaba el entorno social de la época y en el que se dio la comunicación de diversos elementos culturales que unos y otros utilizaron. Mitla, Yagul, Dainzú y Monte Albán eran asentamientos administrativos y/o ceremoniales de importancia en la

---

<sup>51</sup> En el plano político, la ciudad es sede de los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial del Estado y de diversas dependencias del gobierno federal. En cuestiones educativas, en ella se encuentra la Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca, la institución pública de mayor alumnado, así como otras cuatro universidades privadas, además del Instituto Tecnológico de Oaxaca y de diversos centros de investigación, lo que convierte al lugar, exceptuando a las universidades Tecnológica de la Mixteca (en Huajuapán), del Mar (en Puerto Ángel) y del Tecnológico del Istmo (en Juchitán), en la opción más llamativa que tienen los jóvenes para realizar sus estudios profesionales.

<sup>52</sup> Para datos sobre la población del municipio de Oaxaca de Juárez y de la ciudad, en el año 2000, véase el cuadro 7 del anexo 2,1.



región, que denotaban el grado de organización social alcanzado por estos pueblos (Winter, 1990).

Sin embargo, es significativo que del proceso de fundación sólo quedaran los elementos que definieron la selección del lugar para la erección de la ciudad, pero no su referencia a quienes los produjeron<sup>53</sup>. Antequera fue construida con el trabajo de los indígenas, y sus alimentos y provisiones siguieron dependiendo de ellos durante la mayor parte del período colonial (Chance, 1993:101). Sin embargo, pareciera haberse olvidado a esta población una vez que fue fundada, y la multiculturalidad presente parece, también, haberse borrado, pues de ella sólo quedan referencias a "los indios", como si todos hubieran sido lo mismo y lo igual<sup>54</sup>. El discurso oficial posterior, una vez en el México independiente, también se olvidó de estos sujetos, de sus espacios de vida, de sus culturas propias y de su papel en la erección de la ciudad. Al privilegiar el símbolo sobre el que se fundó la urbe se diluyó su presencia en el discurso, pero no pudo ser borrada, extirpada ni extinguida de la ciudad misma. Paradójicamente la oficialidad recuperó sus símbolos; el estado adoptó como escudo la efigie de Donají, la princesa zapoteca que según la leyenda sacrificó su vida por su patria y, después, la ciudad hizo lo mismo<sup>55</sup>, evidenciando con ello la quiebra que en el imaginario local ya se había producido entre los indios muertos y los indios vivos, y las dicotomías grandeza-inferioridad o sabiduría-ignorancia, que en él caracterizaban a unos y otros y que se seguirán arrastrando hasta la actualidad.

No obstante, Oaxaca, aunque hubiese querido, no pudo negar la presencia e importancia de los indígenas en ella. Solo con sus nombres, los

---

<sup>53</sup> Sigo en estos párrafos a Hiernaux-Nicolas (2000:21-23), quien hace una descripción de la ciudad de México y de la presencia indígena en ella.

<sup>54</sup> Chance (1993:98), por ejemplo, indica que en los censos de población de la ciudad no estaban registrados los indígenas que en ella vivían, puesto que "para los ojos de los españoles, no estaban calificados como miembros de la sociedad urbana y los pasaron por alto en los cálculos de población" de los siglos XVI y XVII.

<sup>55</sup> En 1827, el gobierno del Estado decretó utilizar la efigie de la Princesa Donají, como escudo de armas de Oaxaca. Posteriormente éste fue tomado por la ciudad.

antiguos pueblos que la rodeaban parecía que se lo recordaban constantemente. Xochimilco, Jalatlaco, Tepeaca, Mexicapán y Chapultepec, habitados por hablantes de náhuatl o mexicano hasta entrado el siglo XX<sup>56</sup>, colindaban con ella y, al paso del tiempo, cuando la ciudad extendió su manto o -mejor dicho- cuando la mancha urbana comenzó a crecer, los fue integrando a ella, devorando sus tierras y sus autonomías municipales<sup>57</sup>. Desde otros pueblos del Valle llegaban los insumos necesarios para su subsistencia; los indios, también llamados “propios”<sup>58</sup>, traían productos por ellos elaborados o cultivados y los ofrecían en los días de mercado que aún hoy es posible observar, aunque se realicen en otros sitios de la urbe<sup>59</sup>, pero que refieren a la idea de la importancia que ha tenido la zona como intercambio de mercancías, no sólo a partir de la época colonial sino desde los tiempos precolombinos.

La vida en la Oaxaca de ahora es parte de lo que fue la de ayer. Durante el período colonial se dio una importante diferenciación de los actores sociales. Españoles, criollos, mestizos, indios, negros, mulatos y un sin fin más de clasificaciones dadas dependían de la pureza de sangre, tal como se observaba en España<sup>60</sup>. Los indios estaban clasificados en un nivel

---

<sup>56</sup> Salazar (1932), al escribir su monografía sobre la ciudad de Oaxaca, menciona lo anterior, así como que estos poblados fueron fundados por los aztecas, al aumentar la colonia militar asentada en Huaxyácat. Por otro lado, hay que hacer notar que en la época colonial, la ciudad de Oaxaca era un espacio integrado entre lo rural y lo urbano.

<sup>57</sup> Por decreto del Congreso local, fechado el 19 de mayo de 1926, Xochimilco junto con Jalatlaco y Trinidad de las Huertas perdieron su autonomía municipal y pasaron a incorporarse al municipio de Oaxaca de Juárez (Bustamante, 1989:5). Anteriormente, en mayo de 1909, por decreto de la Legislatura local, Santa María Oaxaca, o el Marquesado, perdió su autonomía municipal y pasó a adscribirse a la de Oaxaca.

<sup>58</sup> En la época colonial, tanto las posesiones de los municipios como sus habitantes eran denominados con este término.

<sup>59</sup> Los días de mercado, los sábados, se realizan actualmente en la Central de Abastos, muy cerca del Centro Histórico de la ciudad; una breve descripción sobre este mercado es posible hallarla en Zafra *et al* (2001:22). Sobre el sistema de mercados en Oaxaca remitimos al trabajo de Diskin y Cook (1990), en el que analizan la forma en que éste se estructura en diversas regiones del estado, lo mismo que en la ciudad de Oaxaca. Otros trabajos sobre mercados oaxaqueños son los de Velas (1975 y 1979) y el de Drucker-Brown (1982), este último hace referencia al trabajo de Malinowski en Oaxaca.

<sup>60</sup> Joaquín Roncal (citado por Chance, 1993:160) indica que en la Nueva España fueron utilizados cuarenta y seis términos clasificatorios, aunque sólo 10 eran de importancia, a juzgar por los registros parroquiales y las listas de impuestos. Estos eran: español, indio, negro, mestizo, castizo, mulato, morisco (español con mulato), lobo (indio con negro), coyote (indio con mulato) y chino (indio con lobo).

inferior con respecto a los españoles y sus descendientes, y a pesar de que existía movilidad social, no todos estaban en posibilidades de aspirar a ella. Las estructuras de dominación colonial sembraron una clara diferenciación entre los actores sociales, y la sociedad urbana comenzó a definir en términos tajantes, estrictos y, muchas veces, estáticos, a los indios. Estas formas clasificatorias fueron heredadas de padres a hijos, de generación en generación, reafirmadas en los momentos de interacción y reforzadas a través de las políticas impuestas en el México independiente, donde los indios fueron sinónimo de atraso y decadencia, y el mestizaje fue concebido como la solución para estos males. Paradójicamente – pudiera pensarse en una visión claramente presentista- uno de los impulsores de estas ideas fue Benito Juárez García, el pastor de borregos, el indio zapoteco que llegó a ser presidente del país.

Sin embargo, los indígenas nunca han estado ausentes de la ciudad; estuvieron en ella en su proceso fundacional, construyeron sus templos y sus edificios emblemáticos, le proveyeron de insumos a lo largo del tiempo, propiciaron su riqueza y esplendor en épocas pasadas<sup>61</sup>. En las últimas décadas, esta presencia se ha acentuado, producto del proceso migratorio campo-ciudad. Estudios actuales indican que del total de la población, cerca del 60% no es nativa de la ciudad sino de alguno de los pueblos del interior del estado (Murphy *et al*, 1999:7)<sup>62</sup>; aunque en él no se afirma, suponemos que una parte considerable de esos migrantes son indígenas<sup>63</sup>. Los recién llegados se ubican en las zonas

---

<sup>61</sup> En el cuadro 8 del anexo 2,1, presentamos unos censos con la población de Antequera para el siglo XVIII. También, sobre las personas que conformaban esta población, puede verse el trabajo de Rabell (2001), un estudio sobre demografía de Antequera en el siglo XVIII.

<sup>62</sup> Higgins (1990:410) deja abierta la pregunta: ¿cuáles son las filiaciones étnicas de los residentes en las comunidades de urbanos pobres?, reconociendo que para mediados de la década de 1980 en éstas habitaba el 60% de la población de la ciudad de Oaxaca.

<sup>63</sup> ¿Qué sucede con estos indígenas que llegan a la ciudad? Chance (1990:168) había sugerido (para el período colonial) que la primera generación de inmigrantes adquiriría una nueva identidad situacional, referida a los papeles desempeñados en la ciudad, que de ninguna manera estaba en contradicción con su anterior identidad étnica, sino que ambas se complementaban. Consideramos que algo semejante ocurre actualmente en la ciudad; sin embargo, los descendientes de esos migrantes -nacidos en la ciudad o resocializados en ella- en muchas de las ocasiones tienen tan sólo la referencia al lugar de

periféricas, como las laderas de los cerros, sitios en los cuales los servicios urbanos son escasos, dando como resultado una espiral de pobreza y marginación. Los migrantes se emplean en trabajos que no requieren preparación o experiencia, como peones, cargadores o sirvientes (Valencia, 2000:106); es posible observarlos en los corredores de la Central de Abastos, esperando la llegada de alguien que contrate sus servicios; por el zócalo de la ciudad, haciendo pausa en su frenética búsqueda de trabajo; o por las calles del Centro Histórico, rodeados de sus hijos, pidiendo limosna.

A pesar de poseer una considerable población indígena, en la ciudad existen pocos grupos organizados en términos étnicos; es decir, la etnicidad no juega un papel relevante en la forma en que se organizan los migrantes indios, sino que éstos asumen otras formas de organización, ya sea vecinal o barrial, y sus reclamos no son una reivindicación de sus identidades indígenas sino más bien una búsqueda de mejores condiciones de vida (Murphy *et al*, 1999:8)<sup>64</sup>. Es por eso, quizá, que no podamos mencionar puntos geográficos al interior de la urbe en donde sea posible encontrar a indígenas de un grupo específico, sino que más bien habitan en espacios donde se mezclan con miembros de otros grupos, sean indígenas o mestizos pobres<sup>65</sup>. De esta forma, no se puede hablar de colonias o barrios

---

origen de sus padres, pero no comparten con ellos su identidad étnica, dejando de reproducir elementos culturales que sustentan dicha identidad, como la lengua o el vestido, entre otros. De esta forma, las nuevas generaciones descendientes de migrantes, en muchos casos sólo se identificarán como "oaxaqueños", sin ninguna referencia a la identidad étnica que pudieron haber heredado. Sobre procesos de adaptación de migrantes llegados a la ciudad de Oaxaca puede verse el trabajo de Hendricks y Murphy (1981).

<sup>64</sup> Chance (1990:168) concluye que la etnicidad, como un factor en la organización social de sociedades oaxaqueñas, fue más importante en tiempos prehispánicos que en la época colonial. Esta situación, al parecer, se sigue produciendo de igual forma actualmente.

<sup>65</sup> Hiernaux-Nicolas (2000:30) indica, para la ciudad de México, que los indígenas se amoldan a la traza urbana, se insertan en ella, y que es sólo en la dimensión intradoméstica, dentro del espacio de la casa, donde -eventualmente- se pueden evidenciar rasgos que remitan al origen étnico de los migrantes. Algo parecido, podríamos sugerir para el caso de Oaxaca. Higgins (1974), en su estudio sobre una colonia pobre de la ciudad, había concluido que la etnicidad no jugaba un papel importante en la organización social de sus habitantes, a pesar de que al interior de algunas viviendas se reproducían algunos elementos culturales del lugar (y grupo etnolingüístico) de origen. Sobre la relación entre migrantes pobres, véase a Higgins (1977 y 1983).

de mixes o de huaves, por ejemplo, sino más bien habría que hacerlo de asentamientos diversos que los mismos urbanitas identifican como de migrantes indios, sin referencia al grupo etnolingüístico concreto del que proceden<sup>66</sup>.

El incremento de la población urbana ha hecho que la ciudad se ensanche aún más. Es difícil poder decir cuánto abarca, ya que si bien existe el municipio de Oaxaca de Juárez, cuya sede es la ciudad del mismo nombre, ésta sobrepasa los límites de aquel, ya que ocupa jurisdicciones de municipios diversos que anteriormente eran pueblos que la rodeaban<sup>67</sup>. San Jacinto Amilpas, Santa Lucía del Camino, San Sebastián Tutla, Xoxocotlán, San Pablo Etla y San Agustín Yatareni, son sólo algunas municipalidades en las cuales es posible ubicar diversas colonias, cuyos residentes se identifican como habitantes de la ciudad, a pesar de que en algunos momentos paguen sus impuestos a un ayuntamiento diferente y que éste, y no el de la capital, les brinde los servicios básicos. Esto permite, por otra parte, observar cómo se va configurando el sistema urbano, ya que además de estos pueblos, prácticamente conurbados, existen otros que

---

<sup>66</sup> Caso excepcional lo constituye la colonia Yalalag, donde la mayoría de residentes son oriundos del pueblo zapoteco serrano de Villa Hidalgo Yalalag; incluso, el 18 de noviembre, día de Santa Cecilia, cierran las calles de ese lugar, para celebrar la fiesta patronal de su lugar de origen (Olga Montes, comunicación personal. Véase anexo 8,1 para identificación de informantes). Por otro lado, existen algunas asociaciones de migrantes radicados en la ciudad, en las que se enfatiza su pertenencia a una localidad y, en ocasiones, a un grupo etnolingüístico. Las Asociaciones de Istmeños (juchitecos, ixtepecanos o tehuanos, entre otros), Serranos (zapotecos de la Sierra Juárez) y Costeños, por ejemplo, son espacios para la reafirmación identitaria, a través de las fiestas que celebran en la ciudad. En ellas, lucen los trajes de sus respectivas regiones, bailan sus sones, amenizados por bandas traídas de sus pueblos de origen, o comen los guisos típicos de sus localidades.

<sup>67</sup> Los actores sociales ubican, a través de imágenes diversas, la ciudad en que viven y definen así sus límites. Es de observar que siempre se autoadscriben como habitantes de la ciudad, a pesar de residir en algunas colonias ubicadas en la jurisdicción de un municipio diferente. No todos los sectores que conforman la ciudad son considerados por los urbanitas como de igual valor moral o social, sino que en las valoraciones que se les asigna subyacen estereotipos diversos; por ejemplo, San Martín Mexicapan es considerado como un lugar violento, lo mismo que Santa Rosa; en San Felipe del Agua se cree que vive la gente adinerada, así como los artistas; en el Rosario se dice que viven los obreros, en casas de interés social, etc. Cada lugar de la ciudad tiene un valor asignado y juntos conforman la cartografía (real o imaginaria) de los ciudadanos que viven en ciertas partes de la ciudad y que tienen de las otras partes, por lo menos, alguna idea o imagen (Agier, 1997:186).

también mantienen estrechas relaciones con ella, como Santa María Atzompa, San Bartolo y Santa María Coyotepec, Villa de Zaachila, Cuilapan de Guerrero, Tlaxiactac de Cabrera, Tlacolula de Matamoros y otras poblaciones más que conforman el Valle de Oaxaca<sup>68</sup>. El centro comercial y económico, político, administrativo y religioso sigue teniendo una decidida importancia, y estructura las relaciones de unos y otros<sup>69</sup>. La ciudad, por tanto, ha ido incorporando de diversas maneras a las localidades rurales circundantes, ya sea dirigiendo la producción del campesinado y de la pequeña industria artesanal, atrayendo fuerza de trabajo a los sectores de servicios y la construcción y/o ocupando sus tierras (Zafra *et al*, 2001:23)<sup>70</sup>.

## 2.2. LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES

Junto a la diversidad cultural y étnica que presenta actualmente, Oaxaca está llena de contrastes y desigualdades, ya que es aún una sociedad en donde el criterio racial tiene un peso importante, y en donde una minoría mestiza domina social, cultural, económica y políticamente al resto de la sociedad. Esta es una realidad que a los ojos de los oaxaqueños puede pasar desapercibida, quizá porque se esté acostumbrado a esta situación. Podríamos decir, entonces, que en la ciudad de Oaxaca existen dos

---

<sup>68</sup> Castells (1974:280-285) define el sistema urbano como la articulación específica de las instancias de una estructura social en las unidades espaciales de tal proceso. Lo caracteriza por el conjunto de relaciones entre la producción, el consumo y el intercambio, así como por la regulación de las relaciones entre ellos, a través de su articulación con la instancia política y, también, por poseer un elemento simbólico que expresa la especificidad de lo ideológico a nivel de las formas espaciales.

<sup>69</sup> García y Solís (2000) ofrecen un análisis sobre el asentamiento de las diversas empresas en la zona metropolitana de Oaxaca. En él se correlaciona la variable territorialidad, en el caso de la zona conurbada de la ciudad de Oaxaca, con el número de empresas, rama de actividad y número de trabajadores. Otro trabajo sobre la zona metropolitana de Oaxaca (siempre sobre aspectos económicos) lo ofrecen Calvo y Ramírez (1999).

<sup>70</sup> Leeds (1994<sup>a</sup>:116 y ss.) propone considerar a las diferentes localidades insertas en un sistema urbano, como parte de un *continuum*, y caracterizarlas a partir de diferentes criterios, como la especialización, interconexión y cambio dentro del sistema. Lo urbano, en términos de Leeds, engloba lo rural. El en caso oaxaqueño antes descrito estaríamos, entonces, ante un sistema urbano, debido a la circulación de personas, materiales y bienes diversos que cruzan fronteras locales e, incluso, regionales (Leeds, 1994<sup>b</sup>:211 y ss). Sobre la relación entre las localidades del Valle de Oaxaca con la ciudad, véase a Aguilar (1980), Bailón (1982) y Sigüenza (1994).

sociedades distintas, la mestiza y la indígena que, por lo general, no se mezclan, aunque siempre estén en contacto. No es debido a que en Oaxaca se tenga establecido cuáles son los lugares para un grupo y cuáles para otro, sino que la situación es mucho más complicada (Montes 1998<sup>b</sup>). Existe toda una interiorización de valores por parte de la población respecto al lugar ocupado por cada uno en la sociedad y el lugar que se le brinda al otro (Montes, 1998<sup>a</sup>). Cada uno de manera inconsciente sabe en dónde se ubican los límites y, en la mayoría de las ocasiones, se respetan. Así, los grupos subordinados reproducen su propia marginación y, con ello, el orden establecido, ya que han interiorizado los valores que la clase dominante ha difundido, para legitimar un orden benéfico para ellos. Lo anterior brinda una idea de Oaxaca como una sociedad todavía colonial, en donde conviven diferentes grupos sociales opuestos unos a otros e identificados a través de diferentes características que van desde las fenotípicas hasta las culturales<sup>71</sup>.

Como cualquier sociedad multicultural, en Oaxaca los diferentes imaginarios urbanos que existen se observan en la interacción, pues la forma en que un grupo concibe a otro es lo que orienta la conducta en la vida social. La imagen que el uno grupal ha recreado del otro, a través de un largo proceso histórico, condiciona las relaciones sociales y se observa en la vida cotidiana, en el mercado, por las calles de la ciudad, incluso en los templos. Montes (1996) ha estudiado este tipo de relaciones, los estereotipos y la manera en que éstos son de vital importancia en las relaciones que se entablan en el escenario urbano, indicando que el racismo y el estigma social siempre se encuentran presentes en la interacción social. Así, fenotipos raciales y elementos culturales son utilizados para definir a la población indígena. Por ejemplo, cuando una persona adquiere mayores elementos occidentales y los integra a su vida cotidiana, será considerada -en una primera evaluación- menos indio. Lo

---

<sup>71</sup> En el capítulo 8 abundaremos más sobre el orden social vigente en la ciudad de Oaxaca.

mismo ocurre con la lengua, el color de la piel, de los ojos, el tipo de cabello o el cuidado de los pies<sup>72</sup>. Las formas clasificatorias de la época colonial subsisten refinadamente en esta ciudad, imponiendo -además- una carga valorativa a los habitantes de la misma, según la clasificación que de ellos se realice; es decir, dotan de un estatus social y político.

### **3. PENSAR LA CIUDAD**

Con todas sus contradicciones y complejidades apenas brevemente expuestas, nos hemos preguntado ¿cómo los urbanitas piensan su ciudad? Es decir, cómo se ha visualizado este espacio geográfico y quiénes son los que producen estos tipos de imágenes. Sin duda, no todos los habitantes de la ciudad la piensan de igual manera, pero no todos se encuentran en la posibilidad de escribir la forma en que la conciben; mucho menos de extender esa particular forma a las demás personas con las que comparten el espacio. Quien escribe, lo hace desde una posición especial, privilegiada tal vez, porque lo hace quien puede y no quien quiere. Los intelectuales locales se han distinguido por ser, en muchas ocasiones, pertenecientes a familias conocidas de la ciudad, con una antigüedad dada por generaciones, con ciertos elementos de poder, ya sean económicos o políticos, que ha influido en su producción literaria, puesto que ésta se convierte en el reflejo de sus concepciones (Rodrigo, 1999:125). Es así como podemos encontrar, entre la bibliografía existente sobre la ciudad, obras de carácter poético y anecdótico, en las que se observa una imagen nostálgica que del pasado reciente tiene un sector de la población. Algunos títulos de los trabajos hacen referencia a ello: “*En el carnet del recuerdo*”, “*Oaxaca de mis recuerdos*”, “*Así era Oaxaca*”, por ejemplo. En ellas se plasma la imagen de una ciudad exaltada, tanto por los nombres que se le otorgan como por los calificativos utilizados:

*Y si mi aliento -exhultante e irredento- es la ofrenda que renuevo cada día para ponerla a tus pies; si la más dulce nota de mi lira es para*

---

<sup>72</sup> Nos estamos refiriendo concretamente a la frase utilizada de manera común y en sentido peyorativo: “indio pata-rajada”.



*cantarla cerca de ti, dulce Sultana Sureña; si busco levantar para siempre mi tienda y plantar en ella la bandera blanca de la paz como la canción de cuna, bajo la sombra de tu cielo y a la sombra de tus laureles que son más verdes que mi mayor engañadora esperanza; debo decirte en esta maravillosa evocación, decirte repleto de amor, y echando para ti las joyas mejores que traigo guardadas en el fondo de mi viejo arcón de cedro, tallado a mano y perfumado con aroma de membrillo, que eres, suave Oaxaca, alma grande y fuerte, amurallada de cármenes perdidos (Dalevuelta, 1932).*

Algún texto hace explícita la idea de presentar una historia enaltecida de la ciudad:

*Se trata justamente de enaltecer el humilde rincón del planeta en que sentimos el primer latido del corazón al aspirar, también por vez primera, el aire puro de nuestra tierra, humedeciendo su suelo con la primera lágrima (Salazar, 1932).*

Las épocas pasadas son concebidas como de tiempos idílicos, en donde la vida provincial deparaba placeres y satisfacciones diversas; donde se vivía lo propio, es decir, una forma particular de ser, aunque no siempre era susceptible de ser generalizada a la mayoría de la población. Por eso es que algunos de los textos realzan el pasado como la época de abolengo, de buenas costumbres, de situaciones cotidianas en las que se veía claramente la diferenciación social, en contrapartida de la situación actual. De ahí que algunos de los verbos utilizados en pasado denoten la terminación de la acción a la que se refieren, diferenciando claramente lo que fue de lo que es, ya que el discurso es creado desde un contexto específico que se confronta con los hechos que habitan en el recuerdo:

*Este aislamiento propició que la ciudad conservara una manera muy propia de vivir, sin mayor influencia del exterior. Nuestra existencia era algo íntimo y personal, muy especial, hermoso y digno de costumbres y tradiciones que se notaba en la forma de actuar y hablar, enmarcado en lo que ha sido una ciudad con prosapia y señorío (Larumbe, 1998:13).*

La descripción que se hace de Oaxaca es, en la mayoría de los casos, teñida de adjetivos que la califican como buena y bella. Estos términos,

cargados de valores morales, permiten recrear un panorama idílico que muchas veces se distancia de la realidad social en que vive inmersa la ciudad. Se destaca lo considerado como bello, alegre o bullicioso y se calla lo demás. Sin duda, es la presentación positiva e idealizada de la urbe, sencillamente porque así es concebida por quienes escriben sobre ella:

*La rodean lindos jardines y alegres pueblecillos. Sus calles rectas y regulares, son calles de candorosa sencillez, en donde el alma de la provincia se aduerme plácidamente, junto al misterio evocador de sus casonas coloniales (Rodríguez, 1932).*

No es raro que las personas traten siempre de presentar sus lugares de origen como sitios únicos, exclusivos, con características propias, plenamente diferenciados del resto de lugares o, al menos, de los cercanos; incluso que en ocasiones los equiparen a grandes civilizaciones que existieron en mundos distantes. Es un proceso bastante extendido y generalizado en el mundo entero y, por eso mismo, el que aquí se expone no denota particularidades importantes. Nuestro interés, por tanto, es únicamente evidenciar la valoración que un grupo específico de urbanitas ha hecho sobre la ciudad que vive y que, posteriormente, ha sido transmitida al resto de los pobladores. Lo interesante es señalar que en la comunicación de estas formas de pensar la ciudad no sólo se transmite una idea axiológicamente positiva, sino también la base prejuicial sobre la que se escribe (Rodrigo, 1999:133). Eso legitima la producción literaria, puesto que esa base es, también, en muchos casos, compartida por los demás. Los estereotipos, prejuicios o estigmas no se crean en el discurso sino que se reproducen en él. Por eso no es raro observar referencias a la dicotomía indios muertos-indios vivos, grandeza-inferioridad que anteriormente señalábamos:

*De bosques de guajes en una cima  
Huaxyacac, sabemos un primer nombre,  
Setenta siglos tu zona es poblada  
Según los que saben de estas cosas:  
Aquí se cultivó el nativo, hombre*

*Que nos legó sus obras portentosas*  
(Bustamante, 1979:9).

o bien, como señala este mismo texto:

*Si fuiste vieja cuna de cultura*  
*Antes de la conquista, ahora después*  
*También has brillado a gran altura,*  
*Y buscando estar siempre al minuto*  
*Has tenido un famoso Instituto;*  
*Hoy tienes Tecnológico y Universidad.*  
(Bustamante, 1979:13).

Además de hacer una presentación positiva de su ciudad, es de notar que muchos de los autores exaltan la época colonial, ya sea por las costumbres impuestas en ella o por los edificios construidos; los vestigios de ese período serán ampliamente mencionados, puesto que la belleza de la ciudad se considera que se debe en mucho a la conservación de los mismos. Por eso no es raro que las acciones de construcción se califiquen como hazañas heroicas, o bien, que los actores que las hicieron sean valorados de igual forma en que contemporáneamente se hace, puesto que -reiteramos- la producción literaria es la fuente que recoge los prejuicios:

*El ideal señero*  
*que el santo misionero*  
*reveló al indio pobre y desvalido*  
*con el insomne afán de sus ejemplos,*  
*fue aroma del terruño ennegrecido*  
*que al ascender, buscando paz y olvido,*  
*se condensó en la piedra de tus templos.*  
(Ramírez, 1932).

O bien, esta otra cita:

*Oaxaca, múltiple en sus aspectos, arrastra en los edificios de sus templos la curiosidad endémica del turista, la admiración concienzuda de los sabios y el orgullo heredado de sus habitantes que guardan en el relicario de los años las joyas de su arte antiguo* (Aguirre, 1932).

El orden social también se expresa en esta producción literaria, manifestado de manera sencilla, puesto que mencionarlo no causa mayores problemas. Sin duda, el hecho que permitía esto era la concepción misma del orden como lo ya dado, como parte del mundo del sentido común que permitía a los actores sociales leer la realidad y reconocer como ordenado el mundo en que vivían. Por eso es "su" mundo, es decir, su realidad, que han construido a lo largo del tiempo y que, en momentos específicos, se considera como consustancial a ellos. No es de extrañar, por tanto, que los textos señalen a los indios realizando servicios domésticos o que se emitan juicios descalificativos sobre ellos:

*Las sirvientas, vulgo "gatas" de tez morena indígena, con sus ropas muy almidonadas y sus trenzas muy características, "cuatreras" en su mayoría y cimarronas eran, por aquel entonces, muy codiciadas por los jóvenes de la casa y hasta por el patrón (Rosas, 1971:28).*

Más allá de la exaltación que se hace del lugar, de presentarlo como enaltecido, con una historia inscrita y destacada dentro de la historia nacional, lo importante es mencionar que los textos presentados, tan sólo una mísera muestra de la cantidad que existe de ellos, expresan una forma de vivir, un orden que estructura las relaciones sociales. En los discursos, las referencias a los indígenas son variadas, pero todas ellas siguen la misma línea presentada arriba, de exponerlos como pertenecientes a mundos diferentes; en otros casos, simplemente son parte de un escenario folklórico, mientras que en otro sencillamente no se les menciona. A pesar de que nunca estuvieron fuera de la ciudad, de que su presencia fue y es una constante, se les olvida en muchos casos, denotando que no son parte de esa sociedad que han ayudado a construir y que todavía sigue viviendo de ellos y de sus expresiones culturales y artísticas<sup>73</sup>. Hay, por tanto, una desconexión entre lo que se expone y lo que existe.

---

<sup>73</sup> En el capítulo 4 abundaremos sobre las imágenes que se tenían de la ciudad y que afloraron en las celebraciones del IV Centenario.

Si por un lado, los textos literarios nos ayudan a observar la forma en que la ciudad ha sido pensada por un grupo de intelectuales locales, la nomenclatura de sus calles nos remiten a ver la manera en que la historia local se mezcla con la nacional. Estas llevan, básicamente, nombres de personajes del siglo XIX y XX, que tuvieron una acción protagónica en las luchas por la Independencia de México, en la Reforma o en la Revolución Mexicana. Otros más son hombres cuya inspiración artística colmó de gloria a esta parte del país. Pocos son los personajes de la época colonial y, en menor número, se le dedican las calles a mujeres. Los cambios en la nomenclatura citadina se dieron después de la Independencia; anteriormente, eran nombradas en alusión a hechos en ellas acontecidos; por los personajes de importancia económica, política o religiosa que ahí vivían; por las iglesias o edificios que se encontraban a sus orillas o por alguna anécdota que en ellas ocurrieron. De esta forma, las calles del Indio Triste, de La Amargura, del Tropezón, de Los Pulgonos, del Amor, de Las Vacas, se mezclaban con las denominadas de El Patrocinio, de Las Nieves, de La Sangre de Cristo; o con las de Las Casas Consistoriales, de Castañeda o de La Cochera de Don Juan Ruiz<sup>74</sup>. Los nombres simbolizaban elementos cotidianos del acontecer local, entremezclaban la vida religiosa con la política y referían a una forma vivir la ciudad. Lo mismo sucedía con los barrios; de los 26 existentes a finales del siglo XVIII, 16 de ellos llevaban el nombre de la iglesia que se encontraba en su jurisdicción; los demás referían a categorías adscritas a los que en ellos vivían, como el barrio de las Chinas (o mujeres del mercado) (Altamirano, 1992:19).

Los cambios en la nomenclatura remiten a la existencia de intereses distintos a los anteriores, que primaban en las cúpulas políticas locales. Se buscaba ensalzar en el terruño la historia nacional y reiterar que Oaxaca estaba ligado a ella. Lo local, por tanto, refería a procesos más amplios, en

---

<sup>74</sup> Altamirano (1992:25-30) presenta la nomenclatura de las calles, para las primeras décadas del siglo XIX, así como diversos croquis de la ciudad, en donde es posible ubicarlas. Sus fuentes son el plano de 1803 y el Censo de Casas de 1824.

los que habían participado numerosos oaxaqueños<sup>75</sup>. Así, las calles dejaron de ser nombradas como antaño, para pasar a ser territorio de los héroes. Morelos, Hidalgo, Guerrero, Aldama, de la época de la Independencia de México; Melchor Ocampo o Benito Juárez, de la Reforma; Pino Suárez, Madero, Carranza, en la Revolución; a ellos se fueron anexando otros personajes, rescatados de la historia colonial como el Padre Las Casas, o el filántropo portugués que residió en Antequera, Manuel Fernández de Fiallo; o de la historia local más reciente, distinguidos por su genio musical, como Macedonio Alcalá. La grandeza mexicana plasmada en sus luchas y en su desarrollo intelectual es reflejada en el nombre de las calles; curiosamente, de los indios nuevamente poco es lo que se tiene<sup>76</sup>, tan sólo unas cuantas calles que ostentan el nombre de un zapoteco prehispánico, de un emperador azteca y de una serpiente emplumada, Cosijoeza, Moctezuma y Quetzalcóatl, respectivamente<sup>77</sup>.

Pero, por paradójico que pareciera, más allá de los nombres de las calles y de las plazas, muchos espacios urbanos dan la impresión de ser propiedad de un indio. El mercado, avenidas principales, plazas, museos, escuelas, la universidad, el municipio mismo, todo es de Juárez. Su estatua se levanta en algunas plazas y, también, en el cerro del Fortín, dominando la ciudad. Pero sus pertenencias no son "del común", es decir, no son también de otros indios sino sólo de él, reflejando con ello la valoración que se le hace después de muerto que, incluso, su condición étnica es uno de los elementos que refuerzan su grandeza, puesto que – para muchos de los oaxaqueños- a pesar de haber sido indio, supo sobreponerse a ello y llegar a ocupar la Presidencia de la República. Juárez el patriota, el reformador, el benemérito vive en la mitología local, en un

---

<sup>75</sup> Nos estamos refiriendo en este espacio solamente de las calles del Centro Histórico de la ciudad; la nomenclatura en otras partes de la urbe cambia radicalmente, como en el caso de la colonia Las Flores, cuyas calles llevan nombres de flores, o las colonias América del Norte y del Sur, cuyas vías ostentan el nombre de países americanos.

<sup>76</sup> Haciendo la salvedad los casos de Benito Juárez y de Porfirio Díaz.

<sup>77</sup> Asimismo, pocas son las vías que llevan nombre de mujeres, entre ellas está la calle Margarita Maza de Juárez.

mundo más allá del cotidiano que propicia que las cualidades que se le alaban y veneran: su coraje, su decisión política, su honradez y su valor por defender la patria, sean imposibles de extrapolar a los indios contemporáneos.

La forma en que la ciudad es pensada actualmente puede ser observada, también, a través de la recuperación de los diversos nombres que ha tenido a lo largo de su historia. Cada uno de ellos remite a un conjunto simbólico específico, epocal, pero reunidos todos, los nombres exponen entre sí diferencias y contradicciones, así como valoraciones diversas. "Huaxyácac" refiere a la antigüedad, a una existencia previa a los europeos; "El Marquesado del Valle" o "la Vieja Antequera"<sup>78</sup> exponen su pasado colonial; "Oaxaca de San Marcial" la llamaron (y siguen llamándola) los religiosos y eclesiásticos, puesto que San Marcial es el patrono de la ciudad; en contrapartida también se le denomina "Oaxaca de Juárez", cargando el apellido del indio zapoteco que expidió las leyes de Reforma<sup>79</sup>; aquí lo religioso se confronta con lo secular y denota la importancia que esos dos ámbitos tuvieron dentro de la vida local en diferentes momentos. "La Perla del Sur", "Soberana del Sur", "Sultana del Sur", son otros nombres dados que más que señalar un espacio dentro de la geografía nacional, refieren a una valoración que se otorga. Los nombres dicen mucho, remontan a episodios pasados y presentes, a estereotipos vigentes, a formas de valoración de lo local. La historia de la ciudad es en buena medida la historia de sus nombres.

Pero Oaxaca es también tradiciones. Es una ciudad que ha sido mirada como tradicional, y en donde el pasado se ensalza y queda aprisionado de diversas maneras, pudiendo ser observado a través de los discursos, de las pláticas coloquiales, de la acción social que permite

---

<sup>78</sup> El nombre de Antequera fue cayendo en desuso conforme se castellanizaba el vocablo Huaxyácac hasta convertirse en Oaxaca. Hacia 1786 ya se le menciona con este nombre en los documentos oficiales (Gobierno del Estado, 1986:12).

<sup>79</sup> Éste es el nombre oficial de la ciudad, dado por decreto del Congreso local, el 10 de octubre de 1872, al poco tiempo del fallecimiento de Juárez.

asomarnos a las imágenes que algunos grupos de habitantes construyen de ellos mismos y de los otros que viven también en la ciudad. La tradición marca las formas de asumirse colectivamente; y entre la amplia gama de elementos susceptibles a convertirse en ellas, en cada época se eligen algunos. Así, elementos culturales indígenas o prácticas religiosas o seculares son apropiadas, reconstituidas y resignificadas, surgiendo de esta forma las tradiciones oaxaqueñas y, también, los símbolos de la ciudad. Los días de Muertos, las fiestas religiosas, la Noche de Rábanos son algunos de estos elementos. A la par, se crean otros, como la procesión de Viernes Santo, la Guelaguetza y las actividades a ella vinculadas. Éstas son, para muchos habitantes de la ciudad, algunas muestras de las tradiciones, que definen a su lugar de residencia, por eso en otro lugar la he llamado la *ciudad de las tradiciones* (Lizama, 2002), porque a través de ellas Oaxaca está buscando un sitio en contextos más allá de los regionales.

Los textos literarios sobre la ciudad, los poemas dedicados a ella, la nomenclatura de sus calles, el rescate de los diversos nombres que a lo largo de la historia se le han dado, así como las tradiciones que posee permiten acercarnos a la forma en que la ciudad es pensada por los sectores dominantes que, después, han comunicado esta forma específica de concebirla al resto de la sociedad. Es un lugar con "prosapia y señorío", que ha participado en las luchas del país, que ha dado héroes a la nación mexicana, que ha sido antigua como sus nombres remiten y como sus tradiciones reafirman. Lo íntimo de lo local se envuelve con lo público de lo nacional, y una cosa no se entiende sino es en referencia a la otra, porque ambas son complementarias. Si aquí insistimos en mostrar que la ciudad ha sido pensada como enaltecida, exaltada, heroica, moderna y tradicional es porque ese pensar condiciona el vivir.



#### **4. PARA NO CONCLUIR**

En el transcurso de esta exposición hemos utilizado algunos términos que pueden causar confusiones si no los delimitamos desde el inicio, puesto que los seguiremos empleando a lo largo de los capítulos sucesivos. Sin duda, uno de los más recurrentes ha sido el término "indio". Ésta ha sido una categoría socialmente construida y ampliamente utilizada. Desde la época colonial, el término implicó un estatus social y político específico, que dotaba, a quien era así catalogado, de un sitio específico dentro de la estructura de la sociedad de la época. La palabra contenía (y contiene) valoraciones, estereotipos, prejuicios varios que se aplicaban (y se sigue haciendo) a todo aquel que era considerado como miembro o descendiente de los grupos autóctonos mesoamericanos. Como cualquier otro término clasificatorio, aquí las diferencias identitarias entre ellos se suprimían, englobándose en esta forma genérica, cuyos límites se adecuaban a las necesidades sociales de aquellos que lo construían.

El discurso antropológico ha utilizado esta categoría de análisis de la misma forma que ha empleado conceptos como campesino o mestizo, por lo que ha provocado diferentes discusiones con respecto a su significado<sup>80</sup>. En este espacio, cuando utilicemos el término "indio" lo haremos para referirnos a los miembros de los grupos mesoamericanos. Somos conscientes de la alta diferenciación que existe entre ellos, y de que no es posible hablar de una "cultura india" como tal, como tampoco existe una "lengua indígena" sino diversas culturas y lenguas indígenas actualmente vigentes en Oaxaca. Los miembros de estos grupos no se identifican primordialmente como indios, sino que sus niveles de identificación varían dependiendo de su lugar de nacimiento, de la lengua que hablan, de algunos elementos de sus culturas, por ejemplo. Su identificación como indios, por lo general, es externa, viene dada desde fuera, adscribiéndolos, así, a una sociedad específica. Actualmente en Oaxaca, al ser considerada

---

<sup>80</sup> Hernández (1998) realiza un análisis de la construcción de la categoría "indio" en el discurso antropológico.

una persona como indio, se le asigna también un estatus inferior con respecto a la sociedad mestiza<sup>81</sup>. No tenemos intención de utilizar esta palabra con la carga simbólica y estigmatizante que ha poseído (y sigue poseyendo), tan sólo la utilizamos como un medio para referirnos a la diversidad étnica y cultural existente en el estado<sup>82</sup>. El indio y lo indio seguirán aquí siendo términos genéricos, utilizados para hacer referencia a un conglomerado de personas concretas, sabiendo que a su interior presentan marcadas diferencias.

Dentro de este trabajo, otro de los términos que comúnmente se encontrarán será el de "oaxaqueño". Habíamos esbozado en páginas anteriores que éste también refiere a una población altamente diferenciada que identifica al estado como su lugar de origen. A lo largo del texto, cuando hagamos referencia a "los oaxaqueños" lo haremos en términos concretos de ser habitantes de la ciudad de Oaxaca y no del estado, a menos que previamente se indique otra cosa. Por eso, en muchas ocasiones lo utilizaremos como sinónimo de "habitantes de la ciudad" o "urbanitas".

Por último, otra de las palabras ampliamente utilizadas será "lo urbano". En México, esta categoría siempre ha sido empleada en confrontación con una que le es complementaria: lo rural. La confrontación entre ellas ha guiado muchos de los estudios realizados en ciudades, ya que éstas se visualizan como los sitios en los que la modernidad sienta sus reales, en contra parte de lo que se considera que ocurre en el campo. Otra de las dualidades tradicionales entre el campo y la ciudad ha sido que en el primer espacio se considera que se da el conocimiento de los miembros del grupo, frente al anonimato que priva en las urbes. Las clásicas diferencias

---

<sup>81</sup> Los procesos de negación de las identidades étnicas con vista a evitar la discriminación social ha sido ampliamente discutidos por Barabas y Bartolomé (1990), por Bartolomé (1993) y por Montes (1998<sup>a</sup> y 1998<sup>b</sup>), entre otros autores.

<sup>82</sup> El conjunto simbólico peyorativo a que estos términos refieren para la sociedad mestiza no se diluirá con su supresión, o sea, con que simplemente se dejen de emplear, sino que son formas históricas del pensamiento. De ahí que la única manera de transformar esta situación sea cambiando, precisamente, las formas de pensar que las han originado.

propuestas por Durkheim entre solidaridad mecánica y solidaridad orgánica, parecen regir en el imaginario de algunos científicos sociales<sup>83</sup>. En este trabajo no abundaremos más en estas diferencias; no nos interesa hacerlo aquí. Lo que queremos es plantear que cuando se utilice en el texto la palabra "urbano" nos estamos refiriendo al espacio ocupado por la ciudad de Oaxaca<sup>84</sup>, tal como los mismos habitantes la conciben, es decir, sin límites geográficos claramente definidos, pero con fronteras imaginarias ampliamente aceptadas y asumidas por los urbanitas<sup>85</sup>.

\* \* \* \* \*

Este ha sido tan sólo un intento por acercarnos al panorama multicultural y pluriétnico del estado de Oaxaca, así como a algunas de sus múltiples problemáticas. Esa multiculturalidad se aprecia, de manera más concreta en los espacios urbanos y, principalmente, en la ciudad de Oaxaca, donde la presencia indígena ha sido una constante, desde tiempos anteriores a la conquista y colonización hasta la actualidad. La forma como los indios han sido visualizados por determinados segmentos poblacionales y las maneras como se reproduce la estructura colonial en la ciudad actual, influye en el desarrollo de un tipo de interacción, con base en esos conjuntos prejuiciales.

---

<sup>83</sup> Leeds (1994<sup>a</sup>:51) indica que las discusiones entre urbanismo y urbanización se han basado siempre "en una categoría históricamente particular de fenómenos urbanos y de formas urbanas de integración". Esto ha llevado, según el autor, a insistir en la clásica dicotomía rural-urbano, y en la identificación de lo urbano con la ciudad. Sobre su propuesta véase la nota 69.

<sup>84</sup> Higgins (1990:405-408) realiza una discusión sobre la noción de lo "urbano" en Oaxaca.

<sup>85</sup> Castells (1974:280) discute ampliamente el concepto "urbano" y afirma que las prácticas urbanas connotan la articulación del proceso que estructura el espacio (referente a la reproducción simple y ampliada de la fuerza de trabajo) con el conjunto de la estructura social.

De esta forma, la ciudad se erige –para nosotros- en un espacio privilegiado para poder estudiar cómo se desarrollan las relaciones entre diferentes formas de vida, entre distintas sociedades que conforman ahora el panorama nacional. Lo indio y lo mestizo, la sociedad indígena y la nacional se encuentran y contrastan en Oaxaca, y las relaciones sociales que desarrollan siguen líneas previamente establecidas, pautas de conducta que se rigen por medio de imaginarios que, a su vez, se miran en la acción diaria.